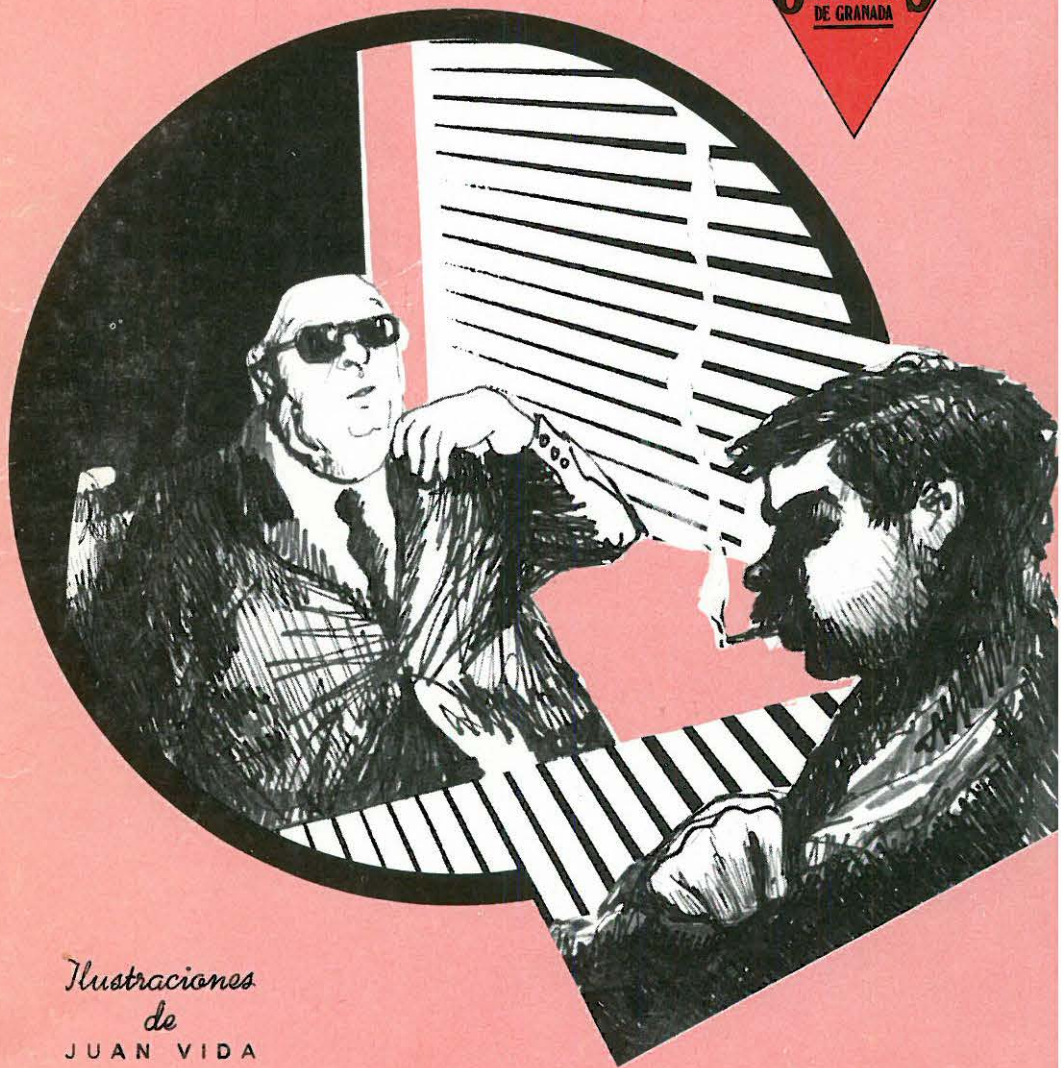


TE GOLPEARÉ SIN CÓLERA



*Ilustraciones
de*
JUAN VIDA

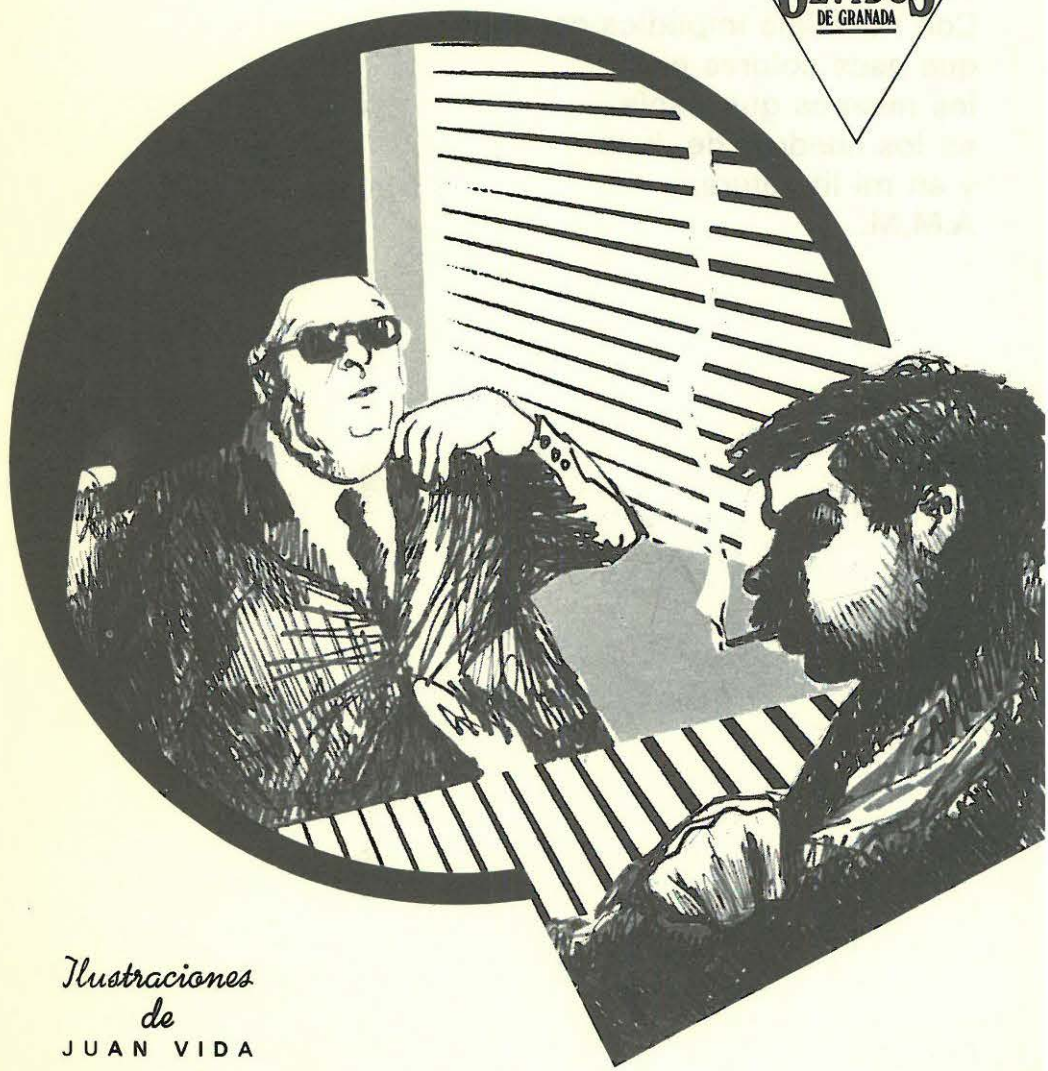


TE GOLPEARÉ
SIN
CÓLERA

© DEL TEXTO ANTO-
NIO MUÑOZ MO-
LINA; DE LOS
DIBUJOS,
JUAN
VID
A

TE GOLPEARÉ SIN CÓLERA

OLVIDOS
DE GRANADA



Ilustraciones
de
JUAN VIDA

Este relato, *Te golpearé sin cólera*, fue escrito para el catálogo de la exposición que celebró Juan Vida en el Centro Manuel de Falla en la primavera de 1983. En aquel tiempo el mundo tenía colores más intensos. Con nostalgia impúdica constato que esos colores eran los mismos que había en los cuadros de Juan y en mi literatura.

A.M.M.

He visto, como el griego, las urbes de los hombres,
los trabajos, los días de varia luz, el hambre.
No corrijo los hechos, no falseo los nombres
pero el voyage que narro es autour de ma chambre.

CARLOS ARGENTINO DANERI

Je te frapperai sans colère.

CHARLES BAUDELAIRE

UNO Palmeras —dijo el hombre de las gafas ahumadas—. Palmeras inclinadas contra un cielo que nunca ni en ninguna parte ha sido tan azul. Palmeras y pájaros, y arenas amarillas, cuerpos de hombres o mujeres latiendo como animales entre lo azul y lo rojo, ¿Le gusta a usted el Caribe?

Me encogí de hombros y seguí mirándolo, pero mi mirada no podía pasar al otro lado de los cristales de las gafas. Él, en cambio, me espiaba a

mí, impunemente, si es que la penumbra del despacho y la negrura de los cristales le permitían verme, o ver algo.

—Aparecen de pronto, sin previo aviso. Una playa del Caribe pintada en las tapias de un convento. Metros y metros de tapias blancas aparecen convertidos en una provocación. Siempre la misma firma: Jota Uve. O los ascensores. ¿Le he hablado ya de los ascensores?

Negué con la cabeza. El hombre de las gafas oscuras señaló con un índice amarillo el gran sobre que yo no había abierto aún. Tenía muy larga la uña del meñique.

—Ahí, en el informe, tiene el caso de los ascensores. Usted vuelve cansado de su trabajo, llama al ascensor para subir a la casa y cuando entra en él se halla rodeado por una selva verde oscuro, con pájaros y serpientes y mulatas que lo llaman. Hace falta retirarlos con la mayor premura, porque la

gente enloquece en ellos. Alguien muy respetado en esta ciudad, cuyo nombre no puedo decirle, padece una rara locura desde el día en que fue sorprendido por la selva en el ascensor de su casa. Ahora dice que es Adán y que ni el mismo Dios lo volverá a expulsar del Paraíso. Un funcionario de Correos abandonó a su familia después de pasarse tres horas encerrado en un ascensor donde Jota Uve había pintado una playa poblada de mujeres desnudas. Mujeres color rosa, tendidas en la arena con los muslos abiertos. Lo encontraron escondido en la bodega de un buque que iba a zarpar para el Caribe.

El hombre de las gafas oscuras se quedó un instante en silencio y luego movió tristemente la cabeza. Fue entonces cuando percibí por primera vez un intenso olor a pies sudados.

—Tenía mujer y cuatro hijos —continuó—.

Estaban a punto de ascenderlo.

—¿Ha muerto?

—Peor. Es un muerto en vida. Pasa los días sentado junto a una ventana, sonriendo, sin hacer nada. De vez en cuando dice: «Soy el correo del zar». Era un funcionario modelo.

El hombre de las gafas oscuras estaba en pie, a un lado de la ventana, como queriendo que no lo vieran desde fuera. Pero nadie podía verlo. Al otro lado estaba el muro sucio de un patio interior donde ya iba cayendo la noche. Dentro, en el despacho donde yo fumaba echado en el sillón que se le olvidó ofrecerme cuando entré, ya era de noche. Y era noche cerrada en los cristales de sus gafas. Apartó levemente los visillos y miró al patio. Hablaba como haciendo una melancólica enumeración de las cosas que veía.

—Palmeras, cielos azules, pájaros en la espesura de las selvas. Hom-

bres y mujeres que se abrazan desnudos, en una niebla rosa. Usted abre el buzón de su casa y encuentra en él un sobre grande, sin sellos ni señales de haber sido enviado por correo. Alguien reparte esas suciedades por los buzones. Hay esposas, hay niños que pueden abrir esos sobres. Se trata de una conspiración, usted me entiende.

Dejó caer los visillos y se derrumbó despacio en su sillón giratorio. Entonces se quitó las gafas con el lento ademán de quien se arranca una máscara. Tenía ojos diminutos y anchos párpados caídos, color de carne cruda.

—Alguien, ese Jota Uve, sale de noche y pinta esas cosas obscenas por las paredes. Alguien reparte estampas pornográficas por los buzones de la ciudad. Nos han dicho que usted es de los mejores en su oficio. Busque a ese hombre. Estoy autorizado a decirle que

tiene *carte blanche* para actuar.

Abrió un cajón del escritorio y puso sobre la mesa un fajo de billetes de cien dólares y un folleto turístico.

—Se trata de la mitad de sus honorarios. El resto lo tendrá cuando nos diga dónde podemos encontrar a Jota Uve. La gasolina es aparte. ¿Tiene coche?

—Viajo siempre en taxi.

—Admirable. Tal vez tenga que ir a Cuba a buscar pistas, si son ciertas mis sospechas sobre la conspiración. Este folleto le informará sobre la isla.

Vi largas playas con palmeras y bloques de apartamentos blancos a la orilla del mar. Había resuelto que el tipo de las gafas oscuras me pagase un crucero por el Caribe.

—D e s e n g a ñ e s e —me dijo, como si hubiera adivinado mi pensamiento—. Esas playas y esos apartamentos son exactamente iguales en

cualquier lugar del mundo. Muy pronto, la vida moderna hará que sean inútiles los viajes y las postales.

—Ya lo son —respondí, y guardando el fajo de billetes y el sobre con las fotografías me levanté para marcharme.

—Lamento que no esté aquí mi secretario para acompañarle a la puerta —dijo el hombre de las gafas oscuras—. Pero ha ido al callista a darse un pediluvio. Y esmérese. Hemos puesto en usted mucha confianza.

—No es un sentimiento recíproco —le dije, mis palabras no hicieron nada en su gesto impassible. Cuando ya tenía la mano en el picaporte, me volví para mirarlo. Estaba echándose unas gotas en los ojos.

DOS En el taxi estuve mirando las fotografías. «Palmeras», pensé. «Palmeras salvajes».

De vez en cuando me he emborrachado con Bill Faulkner, y siempre sé dónde encontrarlo. En la perpetua sombra del *Hell's bar* bebe copa tras copa de bourbon con un ensañamiento en el alcohol que sólo alcanzan los que han vivido y muerto en el fervor de la única borrachera. Tiene el pelo blanco y el bigote impecable de un caballero del Sur embalsamado en whisky clandestino. Muy cerca de él, Ray Chandler bebe el gimlet del sueño eterno, libre de toda resignación o esperanza, con los codos de la chaqueta gastados por las barras de los bares y la pipa olvidada en una esquina amarga de la boca. En *Hell's* bebe ginebra cruda Malcom Lowry, y en un rincón del fondo, demolido por el ajeno, Paul Verlaine hace vagos gestos en el aire con sus dedos



temblorosos, como soñando que acaricia los rizos rubios de Arthur Rimbaud. *Hell's* es uno de los bares menos recomendable de este mundo y del otro. Se llega a él bajando una sucia escalera de cemento, y en la entrada, sobre la cortina de terciopelo púrpura manchada de lamparones, alguien escribió hace tiempo con caligrafía de retrete: *Lasciate ogni speranza, voi che entrate*.

Levanté la cortina y al principio no pude ver nada, sólo una penumbra rojiza y azul donde los hombres abrumados se movían como animales submarinos. El barman, un difunto pálido con la frente cruzada por una greña húmeda de brillantina, me señaló con un gesto de asco la esquina de la barra donde bebía Bill Faulkner. Parecía dormitar mirando los peces de un acuario, pero cuando le hablé y puse ante él las fotografías levantó la cabeza blanca y me miró

con sus ojos húmedos de alcohol.

—Palmeras salvajes —dijo—. Sucias playas amarillas, azules imposibles, mujeres desnudas o vestidas de verano que lo esperan a uno bajo la sombra dorada y verde de las palmeras.

Sacó del bolsillo desfondado de su chaqueta un libro sin tapas, con los márgenes gastados y las páginas llenas de tachaduras. Con dedos vacilantes golpeó el libro como si acusara, como si me acusara a mí y a las fotos que le había mostrado.

—Quienquiera que haya pintado eso, miente —dijo con odio—. Entérese bien, muchacho, recuerde siempre lo que le dijo Bill Faulkner. Él, y Gauguin, y ese maldito escocés que fuera a morir de miseria en no sé qué isla del Pacífico. Aquí es donde hay que morir y sobrevivir a la muerte como se sobrevive a la vergüenza o al fracaso: en la barra de los bares. Pre-

gúntele a cualquiera de ellos. A Ray Chandler, a Hammet, que también anda por ahí, al pobre Scottie Fitzgerald. Pregúnteles.

Vaciló un instante, como si fuera a derrumbarse, pero sus manos de venas moradas se asieron a la barra y consiguió recobrar un dudoso equilibrio. Dio un golpe seco con el vaso vacío y el barman del tufo engominado se lo llenó de bourbon. Hasta el borde.

—Yo escribí un libro para desmentir todos esos paraísos, muchacho: éste es. Léalo y sabrá dónde terminan el amor y las islas, cuál es el rostro verdadero de esa mujer que se ve en los cuadros. Adivine por qué el tipo que la pintó no quiso pintar también sus ojos y su nariz y su boca. Adivínelo.

—Busco a ese hombre.

—No lo busque aquí —dijo Bill Faulkner—. No por ahora. Tal vez dentro de unos años, cuando se

haya muerto. Si lo encuentra, dígale lo que le dijo Bill Faulkner.

Ray Chandler se me acercó dando traspiés, con su gimlet derramándosele sobre la chaqueta a cada paso que daba. No se quitó la pipa apagada de la boca para hablarme.

—Busca a un pintor, ¿no? Piense en lo que hubiera hecho Marlowe en su lugar, en vez de venir a molestarnos a nosotros, los muertos. Pregunte por su maldito pintor en las tiendas donde venden cuadros y déjenos en paz. Lárguese. Piérdase. No queremos aquí a tipos como usted.

SEl consejo de Ray
EChandler me costó
Runa fortuna en taxis y
Tdos días de penitencia
por todos esos sitios donde venden cuadros y antigallas, pero no parecía camino de darme ningún

fruto hasta que no entré en la penúltima galería de la lista. La primera diferencia fue la rubia prepotente que se apresuró a atenderme cuando entré. A su lado, Anita Ekberg hubiera quedado reducida a una pálida copia de la pequeña Bernardette. La segunda, un olor a pies que en seguida me resultó familiar y que combatía victoriosamente con los perfumes tempestuosos de la rubia y con el humo de las varitas de sándalo que ardían en cuatro pebeteros situados en las esquinas de la sala. Había en las paredes una serie de cuadros con figuras geométricas y estrellas que juzgué innecesarios para el mundo. Por curiosidad mire la firma: un enfático *Zoltan* color naranja, con la zeta tan grande que me recordó el signo del Zorro.

No había nadie en la sala, pero la rubia ocupaba ventajosamente la mayor parte del espacio. Al verme avanzó hacia mí

navegando como un galeón con las velas desplegadas, como suspendida sobre sus tacones y el denso olor a pies, a un centímetro del suelo.

—Señor, ¿le gusta a usted la transvanguardia?

—¿Es húngaro? —pregunté, señalando la firma de un cuadro.

—¿Zoltan? —Sonriendo, se inclinó hacia mí para mostrarme un escote picudo que hubiera hecho estragos en el andamio de una obra—. No, no es húngaro. En realidad, pero no lo divulge, es de Iznatoraf, en la provincia de Jaén. Es mi marido, ¿sabe? Se llama Bernardino. Zoltan es un seudónimo. Bueno, digamos que es su verdadero nombre: el que expresa su personalidad. De alguna manera, uno debiera escoger siempre su nombre, ¿no?

Me encogí de hombros. Paso una parte de mi vida encogiéndome de hombros y haciendo como que no oigo lo que me

dicen, pero nadie parece darse por aludido.

—Practica una abstracción matérica, no exenta de raíces. Mire ese *dripping*: Hay en él algo de telúrico.

—¿Dónde?

—Ahí, en ese Zoltan. «Infinito», se llama. Puede llevárselo a plazos. La forma asume un difícil compromiso con la gestualidad de la mancha. Se rebela contra la geometría impuesta, contra el orden.

—Si —dije—. Creo que sí. —Pero no debí poner el necesario entusiasmo, porque advertí en la rubia señales de desaliento.

—Oiga, ¿está usted realmente interesado en el Arte?

—No.

—Entonces... —donde he puesto puntos suspensivos el lector puede añadir un suspiro muy próximo a las lágrimas.

—Busco a un pintor. Firma con las iniciales Jota Uve. He traído fotos de algunos de sus cuadros.

Le mostré una de ellas: una mujer tendida sobre algo como un lecho pintado con violentos trazos de un verde oscuro y frío. Una mujer desnuda, blanca o rosa, con las piernas abiertas y una mano tapándole la cara. Tras ella hay un gran resplandor amarillo, y un hombre reclinado y distante que parece asistir al desengaño o al tedio. Según el informe, el cuadro apareció una mañana en el dormitorio de un notario célebre. Su esposa sufre todavía fiebres de lujuria y rencor.

—Jota Uve —dijo la rubia, negando con la cabeza—. No conozco a nadie que pueda haber pintado eso. Impactante, ¿no?

Le enseñé después un pájaro inmóvil que un día fue descubierto con general solivianto en una oficina municipal. Eran trazos azules, eran manchas rojas y blancas quebrándose contra lo amarillo y lo verde y sólo al final, cuando uno había si-

do deslumbrado, era un pájaro al acecho en el calor del aire. A mí me recordaba las cajas de cerillas con pájaros extraños que coleccionaba cuando era un niño. Eso me hacía mirarlo con una especie de gratitud. Jota Uve. La rubia cerró la carpeta y me miró despacio.

—¿Tiene algo que hacer esta noche?— dijo.

—¿Y usted?

—Nada —anunció soñadoramente.

—Yo sí —dije. Iba a marcharme, pensando en Zoltan, a quien ya imaginaba con aros dorados en las orejas y oropeles de zíngaro de película. Pero entonces entró en la galería una pareja mustia y la rubia se deslizó hacia ellos sin rozar siquiera el suelo con sus metafísicos tacones. Al fondo de la sala había una puerta cerrada con un cartel escrito a mano. «Dirección». Se me ocurrió echar un vistazo.

—Un Zoltan no es sólo una zambullida en el

arte de nuestro tiempo — le oí decir a la rubia—. Si no también una inversión prometedora.

Era una oficina muy pequeña, con las paredes llenas de cuadros no menos innecesarios que los colgados en la sala. La zeta de Zoltan campaba allí como un emblema heráldico. En cuanto al olor a pies, adquiriría una presencia casi sólida. En el primer cajón de la mesa, debajo de un volumen con las obras completas de Khalil Ghibran, encontré una jeringuilla de plástico y una bolsa de polvo blanco. Me lo acerqué a la nariz, para indagar la calidad del material, pero el olor a pies no daba tregua en su reinado. En el segundo cajón hallé dos fotos que supuse de Zoltan. En una de ellas vestía traje oscuro y corbata, y llevaba bajo el brazo un cartapacio solemne. En la otra, aros dorados, rizos de bereber y una camisa floral que debió comprar

en las rebajas de allá por mil novecientos setenta. Pensé en la rubia prepotente y por un momento tuve la tentación de engalanar los rizos del zíngaro con atributos más sólidos. Fue solo un momento, pues en el tercer cajón vi una foto y varios dibujos donde un hombre y una mujer enlazaban sus cuerpos color rosa en cinco delicadas variantes de un abrazo. Cosas semejantes encontraron las madres adoratrices en la sacristía de su capilla, con grave quebranto para la piedad de dos novicias de las que nunca más se supo. En la foto, tomada con una Polaroid, se veía una habitación, una cama deshecha y, sobre las sábanas, un transistor y un teléfono. Iba a desecharla cuando advertí, muy cerca de la cama, un cuadro cuya foto guardaba yo en mi carpeta. De las películas de Sherlock Holmes conservo la costumbre de la lupa. No necesité encontrar la firma Jota Uve para

reconocer su mano. Una muchacha con gafas de sol, plácidamente sentada junto al mar, esperaba o estaba mirando algo, de espaldas a la gran palmera amarilla a cuya sombra se acogía, vestida con un bañador azul. Esperaba como esperan las sirenas. Como uno quiere que lo esperen las sirenas.

Oí pasos que se acercaban y me apresuré a guardar la foto y los dibujos en mi carpeta. Por un momento, el cigarrillo rubio que encendí mitigó el olor a pies sudados. La rubia abrió la puerta y emergió en el umbral con una sonrisa digna de los mejores años de Miami Beach.

—¿Se aburre? preguntó, evangélica.

—Desde muy niño.

—Déjeme adivinar: Sagitario —dijo con fervor—. Nada más verle supe que era usted el típico Sagiario. Zoltan es Piscis. Temperamento artístico, soñador. ¿Le apetece tomar algo?

—Whisky.

Retrocedió con el espanto que usaban las damas de antaño cuando veían un ratón en el *boudoir*.

—Le prepararé una infusión de acebo. Serena la inteligencia.

Mi oficio me ha enseñado que la paciencia no es sólo una virtud teológica, sino también un método de trabajo. Pero en tales enseñanzas no estaba previsto el día en que se confabularan contra mí los cuadros de Zoltan, el *dripping* telúrico, el olor a pies y a sándalo y las infusiones de acebo. Así que sin previo aviso abrí la carpeta y le mostré a la rubia los dibujos y la foto. Ni siquiera la súbita palidez que la invadió hizo nada por mejorar la calidad mediocre de su piel.

—Dígame de dónde ha sacado esto. Dígame por qué me mintió cuando le enseñé las fotos.

Temblaba en el umbral del despacho. De pronto se lanzó hacia el

teléfono pero le detuve la mano cuando empezaba a marcar. Apreté hasta hacerle daño. Sólo lo justo.

—No tiene usted derecho —gritó. Las lágrimas hacían estragos en el rimmel—. Voy a llamar a la policía.

—Magnífico —dije sin soltarla—. Cuénteles lo de los polvos blancos y la jeringuilla. Zoltan es practicante, me figuro.

La rubia se deslizó rozando la pared hasta hundirse en una silla. Tenía el pelo caído sobre la cara y le temblaban las manos cargadas de pulseras.

—No tiene usted derecho —repitió, sin mirarme, como si no me viera.

La golpeé sin cólera, una sola vez. Le di una sola bofetada, pero su rostro se quedó vuelto contra la pared inerte, como la mirada.

—Alguien vendió esas cosas a Zoltan.

—¿Quién?

—Le dicen el Homúnculo. Anda siempre

por un bar de alterne. Mikerino's o algo así.

—Háblame de la foto.

—Estaba entre los dibujos. Zoltan investigó. Se trata de un apartamento en el edificio Wyoming III. Apartamento diez cero uno.

—¿Y por qué estaba Zoltan tan interesado en encontrarlo?

—En la foto se ve un cuadro. Alguien le ha ofrecido mucho dinero si encuentra más obras del mismo pintor.

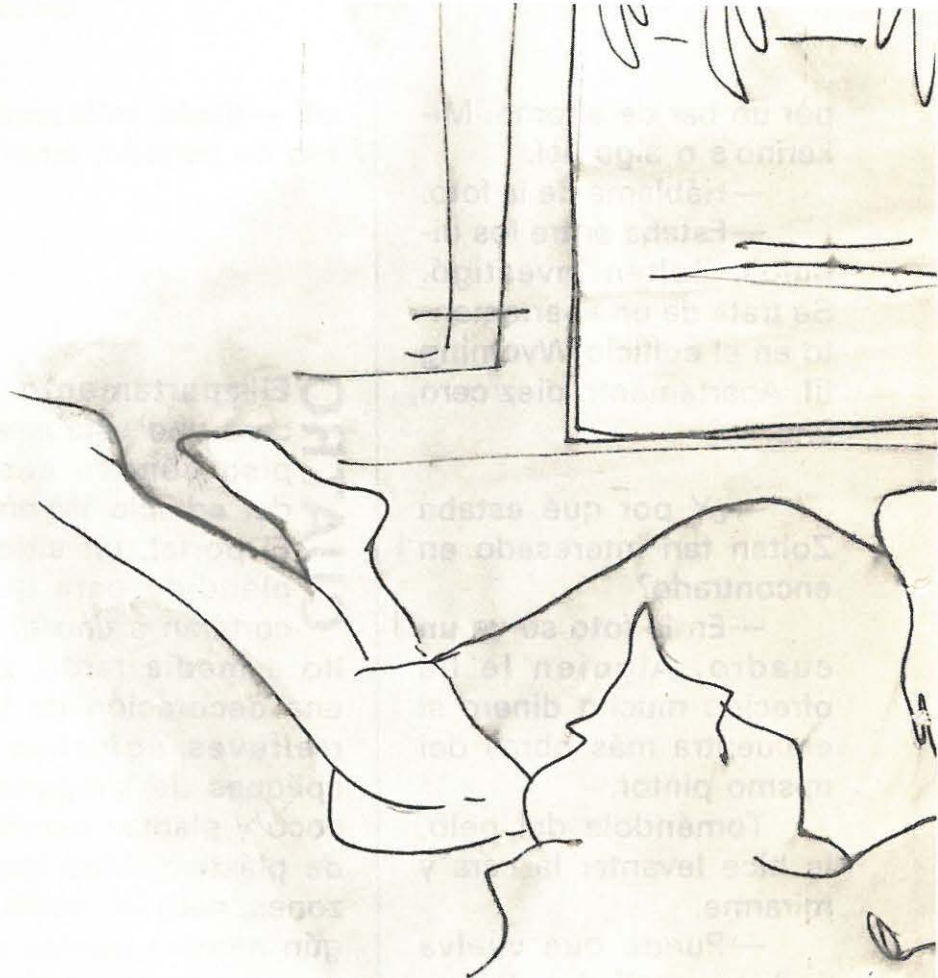
Tomándola del pelo, le hice levantar la cara y mirarme.

—Puede que vuelva —dije, y salí del despacho. Los cuadros de Zoltan esperaban aún en la sala vacía. En uno de ellos resplandecía una especie de planeta verde eléctrico. Se llamaba «Alternancias». Antes de marcharme, puse el oído en la puerta del despacho. La rubia hablaba por teléfono.

—Me temo que irá

allí —decía, sollozando—. Me ha pegado, amor.

CUATRO El apartamento diez cero uno estaba en el piso número catorce del edificio Wyoming. El portal, un sitio espléndido para que le cortaran a uno el cuello a media tarde, tenía una decoración de bajo-relieves egipcios con apliques de lámparas rococó y plantas carnívoras de plástico. Miré los buzones, pero no había ningún nombre escrito en él que a mí me interesaba. Observé que estaba lleno de papeles, como si nadie lo hubiera abierto en mucho tiempo. Salí del ascensor, en el piso catorce, a un pasillo donde todas las puertas estaban cerradas, cada una de ellas con su número infinito señalado en el dintel. Nada se escuchaba, sino ecos lejanos, como si na-



— El cambio este lugar y la



mirando a ella, tendido y esperando...

die hubiera vivido nunca en todo el edificio. Había bolsas de basura apiladas en los rincones y la moqueta tenía manchas de humedad y quemaduras de cigarrillos. De pronto, entre el olor a basura, percibí algo que me resultaba familiar, como un rastro conocido. Empuñando el revólver apresuré el paso. El pasillo tenía a veces largas zonas de sombra, pues habían arrancado casi todas las bombillas, y los cables colgaban sueltos del techo desconchado. Al doblar un recodo en absoluta oscuridad oí un grito de mujer. Me hallaba ante la puerta del apartamento diez cero uno, y el olor a pies era ya indudable. La abrí de un empujón y, con el revólver entre las manos y las piernas abiertas, salté al interior del apartamento. Los gritos de la mujer me llegaban como desde el fondo de un sueño. Había una sola habitación y una cama deshecha ante el ventanal por donde entraba

la noche. Había en la cama una mujer tendida que gritaba y una gran sombra oscura atenazada sobre ella. La mujer daba inútiles patadas en el aire con sus piernas desnudas.

—Alto o disparo — grité, y el hombre, como agazapado, con las dos manos colgando a los lados del cuerpo, como un simio, se volvió hacia mí y me embistió sin hacer el menor caso del revólver. Vi unas gafas oscuras, una corbata negra, una boca rajada en cuyas comisuras brillaban la sangre y la saliva. Luego no vi absolutamente nada. El tipo me dio la bofetada más grande que yo haya recibido en mi vida. Caí de espaldas, rodé contra una mesa, derribé un anaquel con figurillas de porcelana. Antes de alejarme temporalmente de este mundo noté, con la cara humillada contra el suelo, un intolerable olor a pies sudados.

Una especie de erudito judío al que voy a visi-

tar de vez en cuando me dijo en cierta ocasión que todo despertar es un destierro. Pero yo desperté en la cama del apartamento diez cero uno como si después de una larga navegación hubiera regresado inesperadamente a mi patria. Se había parado mi reloj, no recordaba mi nombre ni mi oficio, y sólo al cabo de unos minutos de delicia comprendí por qué tenía un dolor tan espantoso en las mandíbulas y quién era la dueña de las sábanas que tan perfumadamente me envolvían. Tenía un ojo hinchado por la bofetada de la Fiera, pero con el otro, en medio de la luz de la tarde que descendía hasta la cama e iba cobrando una tonalidad rosada en las paredes del apartamento, vi al otro lado de la habitación a una muchacha pintada que parecía estar asistiendo hospitalariamente a mi despertar, como una enfermera que ha pasado toda la noche desvelada jun-

to a la cama de un herido y al amanecer le ofrece su mano y su sonrisa para mitigar el tormento de la fiebre. El resto de la historia está en «Adiós a las armas», la enfermera es Ingrid Bergman, y si se acepta transitoriamente que yo era Gary Cooper, se obtendrá una confortable idea de mi estado.

Entonces se abrió una puerta que debía dar a la cocina y me llegó un olor a café caliente y una música que tardé unos segundos en reconocer. Alguien, en la radio, tocaba *How high the moon*, y una voz de mujer seguía el ritmo en la cocina. Cuando vino hacia mí, con una bandeja en las manos y el pelo oscuro deslizándose sobre su cara, recordé una película antigua en la que un griego o romano despierta en una playa y encuentra junto a él a una muchacha vestida de blanco que le pregunta su nombre, pero él no lo recuerda.

—Gracias —le dije.

Me respondió con una breve sonrisa, como de ironía y disculpa, echándose a un lado el pelo con sus largos dedos pálidos. Anoté con placer que tenía las uñas pintadas de rojo.

—No es nada. Usted me salvó la vida. Ese salvaje casi me había estrangulado cuando usted llegó.

—¿Sabe quién era?

—Lo había visto algunas veces, rondando por el portal, como si buscara a alguien. Ayer tarde vino y me dijo que quería comprarme urgentemente ese cuadro. Me negué y él me amenazó con matarme si no le decía de dónde lo había sacado. Entonces llegó usted.

La muchacha volvió a dedicarme una sonrisa exactamente igual a la anterior. En la radio sonaba ahora *I surrender, dear*. Me adherí secretamente a la melodía y a su título.

—¿No me pregunta quién soy yo?

—Lo he visto en su

cartera. Creí que esas cosas no pasaban más que en las películas.

—Siga creyéndolo. Es más prudente.

Me incorporé, buscando un cigarrillo. Ella encendió uno y me lo pasó después de expulsar una casi acariciable bocanada de humo. Retiró la bandeja y volvió de la cocina con el transistor donde sonaba todavía la música de mi rendición. Cuando se sentó a mi lado advertí que tenía dos señales moradas en el cuello. Se sentó tan cerca que el perfume de su cuerpo se unía al de las sábanas. Era un leve perfume rosa pálido, del mismo color que su camisa y que la piel de la muchacha rubia y de rasgos desvanecidos que me estaba mirando desde una playa remota, contra un mar de hondo azul y espumas blancas. En una esquina del cuadro eran visibles las iniciales Jota Uve.

—Tengo que encontrar al hombre que pintó

eso —dije.

—¿Y qué ocurrirá cuando lo encuentre?

—No es asunto mío. Me pagan por buscarlo.

—Me seguía por la calle. Iba siempre rondándome con una Polaroid. un día me detuve ante un escaparate y él me hizo una foto. Me volví para decirle que estaba harta y que se fuera, pero él siguió haciéndome fotos, sonriendo, con los ojos redondos muy fijos en mí. Cuando mira con los ojos tan abiertos y sonrío parece que está loco, pero es una locura generosa, como una forma de alegría o de burla. Por eso acepté que me invitara a una copa. Me dijo que estaba pintando un cuadro donde aparecía una mujer desnuda en la cama de un apartamento. Una mujer sola que espera siempre, tendida de espaldas a un ventanal desde donde se ven las luces de la noche. Un día, me dijo, cuando se cruzó conmigo, supo que yo era la modelo que

estaba necesitando. «No la modelo», precisó, «la mujer que me hacía falta para terminar el cuadro». Vino aquí varias veces, hizo fotos de todo el apartamento. Decía que todo esto ya lo había él imaginado, porque la pintura es una forma de adivinación. Un día me trajo ese cuadro. Se llama *Cantarán los techos de palmera*. «Tú también eres esa mujer», me dijo. Desde entonces no he vuelto a verlo.

Quedó en silencio, con la cabeza baja y la cara velada a medias por el pelo. Casi noté en los dedos la sensación de adelantarse hacia ella mi mano y echárselo hacia atrás, pero no lo hice.

—¿Le dijo su nombre?

—Nunca me dijo nada. Jota Uve. Es todo lo que sé de él, y que está loco.

Cuando me levanté de la cama sonaba en la radio *My funny Valentine*. La silbé como un recuer-

do antiguo, con infinita pereza. Me vi silbando con los labios entreabiertos mientras me miraba en el espejo del cuarto de baño. Ella se me acercó por detrás y me entregó la corbata y el revólver. La estuve mirando un rato en el espejo, sin volverme, mientras apuraba en los labios las últimas notas de *My funny Valentine*. Estaba tan cerca que parecía a punto de abrazarme. No lo hizo. Guardé el revólver en la sobaquera y me puse la chaqueta. En la puerta del apartamento le estreché la mano.

—¿Volverá? —me dijo. Aún tenía las marcas moradas en el cuello.

—Seguro.

—Lo mismo dijo él —recordó sin melancolía, con una grave sonrisa de despedida.

Fue la sonrisa, pero también el perfume, lo que me hizo besarla. A un paso estaba el corredor con la moqueta sucia y las bolsas de basura. Yo me hallaba en el límite:

bastaba dar un paso y el aire ya no olería como ella. Por primera vez dejé de notar en la boca el dolor de la bofetada de la Fiera. Por primera vez en mi vida, mientras la besaba, pensé con lástima en Gary Cooper.

—No me ha dicho su nombre —dije.

—Hay dos clases de mujeres. Mujeres Circe y mujeres Calypso. Usted puede llamarme Calypso.

CINCO El llamado Homúnculo vivía de la caridad inquebrantable de las putas en un whisky bar que ostentaba en la entrada el luminoso nombre de MIKERINO'S. Un turbio rótulo de neón rojo atraía como un faro a los huérfanos del amor tras la esquina de un callejón llamado alevosamente de Venecia. He oído decir que hay sitios más tristes en Calcuta. El

Homúnculo pasaba la vida encaramado como un pájaro decrepito en la barra del Mikerino's. Toda su cara exigua desaparecía tras una gafas como de cristal de telescopio. Se peinaba con raya enmedio y un caracolillo en la frente, y uno, al verlo, nunca llegaba a saber si la criatura que tenía delante era una vieja diminuta o un niño precozmente depravado por el alcohol. Las daifas de tristes muslos derramados sobre los taburetes de eskay lo sentaban a veces en sus rodillas, y entonces el Homúnculo, presa de un súbito entusiasmo senil, se acurrucaba entre sus pechos y, guardando en el bolsillo la dentadura postiza, mamaba con deleite de un biberón de ginebra que aquellas damas guardaban siempre para él.

Pero todas estas cosas sucedían en tiempos mejores. Cuando yo lo conocí, el Homúnculo tenía el vientre desgarrado por

un navajazo mortal y exhalaba sus penúltimos suspiros tendido en mitad del callejón de Venecia.

Eran las dos de la mañana cuando entré en el whisky bar Mikerino's. Lo encontré tan acogedor como el retrete de un expreso nocturno, y no mucho más amplio. Una camarera que en su lejana juventud debió posar para los almanaques de la Unión Española de Explosivos me dedicó un guiño.

—¿Quieres algo, chaval?

—Busco a uno que le dicen el Homúnculo.

—Todo el mundo lo busca hoy —suspiró—. Salió hace un rato, por la puerta trasera, con uno de esos tíos raros que llevan un zarzillo en la oreja.

—¿Le olían los pies?

Con ademán dolorido la camarera me enseñó un pañuelo que constantemente se llevaba a la nariz. Su olor no era menos abominable que el de los pies de Zoltan.

—Yo que tú me ponía

una mascarilla, galán.

Con el revólver en la mano y el alma todavía herida por la última sonrisa de la camarera salí al callejón. Sólo la luz roja de la salida de emergencia lo alumbraba. Tendido en medio de la calle, el Homúnculo lloraba amargamente su desdicha.

— Mi dentadura
—susurró—. No me la pise.

La dentadura yacía en el bordillo de la acera como una carcajada sola de la muerte. Se la devolví al Homúnculo. Luego de engullirla, tomó mi mano entre las suyas en señal de gratitud. Las tenía manchadas de sangre. Un gran coágulo de sangre se ensanchaba en su camisa a rayas.

— Me ha matado. Quería que le dijera dónde vive el de los cuadros.

—¿Se lo ha dicho?

—El otro no quería que se lo dijera a nadie. Yo le ayudaba a pegar esas cosas por las paredes y los ascensores. Me

pagaba veinte duros por cada estampa que echaba en los buzones... Decía que me iba a hacer rico trabajando con él.

El Homúnculo rompió a llorar, pero un turbión de sangre le detuvo el sollozo en la garganta. Tras los cristales de las gafas, sus ojos desmesurados parecían los ojos de un pez moribundo.

—Nunca debí escaparme de las monjitas. Con lo buenas que eran, con lo que me quería a mí la hermana Hortensia.

—Dígame cómo se llama y dónde vive el hombre que pinta esos cuadros.

—La hermana Hortensia me lo decía siempre: Manolito, la avaricia rompe el saco. El tío del pendiente me ofreció mucho dinero si le llevaba más estampas, y ahora va y me pega un navajazo.

Dígame dónde vive.

—¿El del pendiente?

—No, el que pinta esos cuadros.

—Juan Vida. Carrera

del Genil, diecinueve, primero.

El Homúnculo hizo un gesto brusco y se quedó inmóvil, con la boca torcida. Le quité las gafas y le cerré los ojos. Pero cuando me levanté de su lado habían vuelto a abrírsele y me estaban mirando.

SEIS No había ni una sola luz en los ocho balcones de la casa. Era una noche tibia de principios de marzo, y la gran luna amarilla se había parado entre las torres de una iglesia cercana. Subí al primer piso por una honda escalera de mármol que olía a humedad y me detuve ante una puerta oscura y alta que tenía un Sagrado Corazón sobre la mirilla. Nada se oía en el interior de la casa. Un lento reloj dio las tres de la madrugada. Entonces hice uso de una de mis tarjetas de identidad,

donde se certifica que soy agente de seguros, y empujé muy despacio la puerta, que no emitió el menor chirrido al abrirse. Me quedé quieto en el umbral hasta que mis pupilas se acostumbraron a la sombra. Avancé por el pasillo empuñando en una mano el revólver y en la otra la linterna. A lo largo de las paredes y en las alturas del techo había pintado un vasto paisaje tropical donde volaban grandes pájaros blancos y las palmeras se inclinaban tendidas por el viento. Abrí una por una todas las puertas que daban al pasillo, pero las habitaciones estaban vacías, como si muy recientemente se hubieran apresurado a desocuparlas. Todas menos dos. En la primera, apilados contra las paredes, encontré una docena de embalajes que contenían cuadros. En cada una de las cajas había escrita una dirección. El Gobierno Civil, los Juzgados, la Asociación de Amas de Casa,

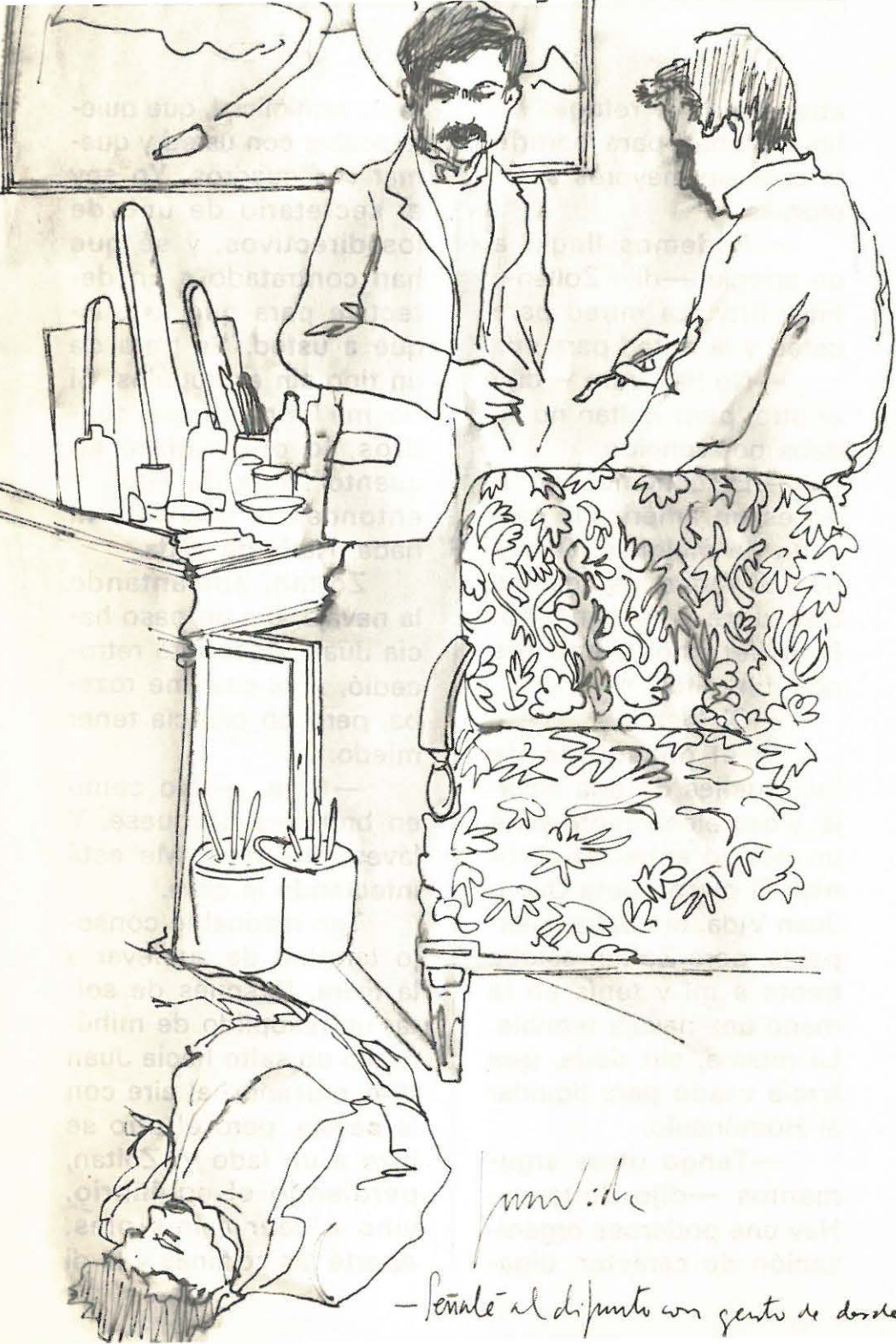
la Oficina del Catastro, el Ilustre Colegio Notarial. En la segunda habitación había un solo cuadro colgado en la pared. Apartamento diez cero uno. La muchacha estaba tendida en la cama, desnuda, su carne rosa y ofrecida sobre las sábanas revueltas y un transistor que ella cobijaba como a un gato mientras escuchaba las músicas de la medianoche que subían desde la ciudad para aliviar su espera. Detrás de la cama estaba la noche cerrándose como un telón violento, una noche hermética y urbana donde no existían las banales estrellas ni la luna.

En el suelo, junto a las cortinas que tapaban el balcón, descubrí un transistor manchado de pintura. Era exactamente igual al que tenía la muchacha del apartamento diez cero uno. Absurdamente, mientras recorría despacio la pintura con el círculo amarillo de la linterna, me sorprendí silban-

do *How high the moon*, tratando de recordar, sin conseguirlo, los rasgos de la cara que no podían adivinarse en el cuadro: eran tan borrosos, tan irre recuperables, como los de todas las mujeres que pintaba aquel hombre para soliviantar al mundo.

Una llave giró en la cerradura de la puerta. Oí una voz, unos pasos que se estaban acercando. Apagué la linterna y de un salto me escondí tras las cortinas. Eran dos hombres los que se acercaban. Se encendió la luz de la habitación y yo afiancé sigilosamente el dedo en el gatillo del revólver. Casi con lágrimas en los ojos, como quien vuelve a ver a un viejo amigo insoportable, oí los pies de Zoltan.

—Está bien, Vida. Se lo digo por última vez.
—Por fin oía su voz. Pensé en las marcas moradas en el cuello de la muchacha llamada Calypso y en el dolor de mis mandíbulas y estuve a punto de



penale al dipinto con gesto di dardar

abandonar el refugio de las cortinas para partirle la cara sin mayores ceremonias.

—Podemos llegar a un arreglo —dijo Zoltan—. Fifty fifty. La mitad para usted y la mitad para mí.

—No hay trato —dijo el otro, pero Zoltan no se daba por vencido.

—Escúcheme: ese tipo es un americano cargado de millones. Quiere para él todos los cuadros que usted ha pintado. Nos haremos ricos los dos, fifty fifty.

—Olvídeme.

Oí el chasquido de los muelles de una navaja, y cautelosamente eché un vistazo entre las cortinas. El pintor, Jota Uve o Juan Vida, me daba la espalda, pero Zoltan estaba frente a mí y tenía en la mano una navaja temible. La misma, sin duda, que había usado para liquidar al Homúnculo.

—Tengo otros argumentos —dijo Zoltan—. Hay una poderosa organización de carácter, diga-

mos, semioficial, que quiere acabar con usted y quemar sus cuadros. Yo soy el secretario de uno de los directivos, y sé que han contratado a un detective para que lo busque a usted. Se trata de un tipo sin escrúpulos. Si no me entrega los cuadros, lo denunciaré en cuanto salga de aquí. Y entonces ni fifty fifty ni nada. Nada de nada.

Zoltan, adelantando la navaja, dio un paso hacia Juan Vida. Este retrocedió, y ya casi me rozaba, pero no parecía tener miedo.

—Oiga, —dijo como en broma—. Lárguese. Y lávese los pies. Me está infectando la casa.

Tan razonable consejo terminó de sublevar a la Fiera. Después de soltar un resoplido de mihúrra dio un salto hacia Juan Vida cruzando el aire con la navaja, pero el otro se hizo a un lado y, Zoltan, perdiendo el equilibrio, vino a caer a mis pies. Aparté las cortinas y le di

en la boca una patada que todavía recuerdo con una cierta nostalgia. Cayó de espaldas, pero en seguida se incorporó para lanzarse contra mí con la cara sucia de sangre y la navaja oscilando en su mano derecha. Esta vez no le di tiempo a que se acercara. Disparé una sola vez, sin levantar el revólver. Zoltan cayó de bruces y no volvió a moverse. Nunca volvería a hacerlo. Había apuntado a la cabeza, pero le di en el corazón.

Juan Vida, parado frente a mí, con los ojos muy abiertos, miraba el cadáver como si no creyera lo que estaba viendo. Lo que en tan breves instantes había sucedido.

—¿Quién es usted?

—El detective sin escrúpulos —señalé al difunto con un gesto de desdén—. Conviene que se deshaga del cadáver.

—Por mí puede quedarse donde está —dijo—. Me voy dentro de unas horas. Y no pienso volver nunca.

Guardé el revólver y me lo quedé mirando en silencio. Llevaba un pantalón blanco y una camisa a rayas verdes y amarillas. Eran el verde y el amarillo que yo había visto en los paisajes de sus cuadros.

—¿A dónde piensa ir?

—Iré a Santiago —contestó como si me desafiara—. A Santiago de Cuba. Hay un carguero que zarpa a las ocho de la mañana rumbo al Caribe. El *Marie Galante*. ¿Va a impedírmelo?

Me encogí de hombros y desvié la mirada hacia la muchacha del apartamento diez cero uno. Siempre había estado ahí, mirándome.

—¿Y qué hará con todos esos cuadros?

—Son los últimos. Un camión los recogerá al amanecer e irá repartiéndolos por una docena de despachos de la ciudad. Cada uno de ellos sembrará en quien lo mire el deseo de huir al paraíso. Antes me divertía haciendo esas cosas. Pero ya no

me bastan. Ahora soy yo quien quiere huir. ¿Ha oído hablar de Arthur Rimbaud? A los dieciocho años se hartó de escribir versos y se fue a África a descubrir las minas del rey Salomón. Llegó un momento en que se acabó el placer de las aventuras imaginarias. Yo empecé a pintar porque me asfixiaba en esta ciudad y en esta casa. Estaba llena de muebles como sepulcros y en todas las paredes había cuadros de difuntos antiguos que me espiaban de noche. Pinté para escaparme de aquí, arranqué los cuadros y vendí los muebles y empecé a pintar islas y mares y mujeres porque me daban miedo las paredes blancas. Todo empezó cuando vi los pájaros en el pasillo. Eran manchas de humedad, o unas grietas en la pintura, pero entorné los ojos y vi en la pared como una bandada de pájaros. Bastaron tres pinceladas y ya eran pájaros azules y verdes, vo-

lando en el cielo vacío. Entonces me di cuenta de que aquellas tres líneas transfiguraban toda la pared y el pasillo entero en un espacio sin límites que era preciso poblar de islas donde los pájaros pudieran detenerse y de árboles para que se posaran en sus ramas. Después quise que toda la ciudad participase de la alucinación en que se habían convertido esta casa y mi vida. Pero ya no me quedaba nada por pintar, y no quiero sobrevivirme. No me basta con imaginar el paraíso: quiero vivir en él. Es decir, si usted no me detiene.

Me miraba con los ojos redondos y muy fijos, sin desafío, pero también sin súplica.

—Le debo la vida, además. Este tipo estaba dispuesto a matarme.

—Mató al Homúnculo.

—Lo sé. El mismo me lo dijo, para darme miedo. ¿Va usted a entregarme?

Yo estaba mirando de

nuevo el cuadro del apartamento diez cero uno y no le contesté. Tal vez ni siquiera a esta hora se habría rendido al sueño y estaba esperando aún, tendida en la cama, junto a la música y al teléfono que no sonaba nunca.

—¿Le gusta? —me preguntó Juan Vida.

—¿A quién espera?

—Sólo ella lo sabe —dijo, sonriendo—. ¿Por qué no me detiene?

Me encogí de hombros. Eran las cuatro de la mañana y por la calle vacía, bajo las copas de los árboles, pasaban los últimos taxis con sus lejanas luces verdes cruzando la sombra. Pensé en el hombre de las gafas ahumadas y en los billetes de cien dólares que me esperaban, intactos, en un cajón de su despacho. Pensé en el apartamento diez cero uno, alto en la noche, cerrado como la cabina de una nave en el espacio.

—No se fie —dije por fin—. Me han pagado

mucho por buscarlo, pero me pagarán el doble si lo entrego. Dentro de cuatro horas y media diré dónde está usted. Procure esfumarse antes.

Me acompañó hasta la puerta. Ninguno de los dos dijimos una sola palabra. Salió conmigo para encender la luz de la escalera.

—Oiga —dijo, cuando yo me marchaba—. Si quiere le regalo el cuadro del apartamento diez cero uno. A lo mejor es a usted a quien ella espera.

—Quien sabe —dije, y bajé a la calle silbando en voz baja una canción cuyo título no quise recordar.

E Eran las ocho de la mañana, pero el despacho del hombre de las gafas ahumadas seguía sumido en un perpetuo crepúsculo. Tampoco esta vez me in-

vitó a sentarme, pero yo me hundí en el sillón que estaba frente a él y encendí un cigarrillo. De soslayo advirtió que yo tiraba al suelo la ceniza. Estuvo un rato echándose unas gotas amarillas en los ojos y luego, después de ponerse otra vez las gafas, me pidió cuentas.

—¿Sabe ya algo de nuestro asunto?

—Absolutamente todo.

—¿Algún muerto?

—Dos.

—¿El pintor es uno de ellos?

No. Sigue vivo. Se llama Juan Vida. Sus últimos cuadros están en un piso de la Carrera del Genil, en el número 19.

—Admirable. ¿Le costó mucho encontrarlo?

—He tenido casos más difíciles. Pero me temo que a él no puedan ustedes apresarlos. Al final se me escapó. Acaba de hacerse a la mar en el carguero *Marie Galante*.

Por primera vez desde que lo conocía, el

hombre de las gafas oscuras esbozó una tentativa de sonrisa. Fue una tentativa lamentable.

—Eso no es un problema, amigo mío. No para nosotros.

Marcó un número de teléfono y esperó un rato, golpeando una carpeta con la uña desmesuradamente larga del meñique, mirándose desde el otro lado de las gafas.

—¿Oiga? ¿La oficina del puerto? ¿Ha salido ya un carguero que se llama *Marie Galante*? ¿No? Pues que no salga. Código 338. Recibirán en diez minutos la notificación oficial.

Colgó el teléfono y se quedó un instante con las manos apaciblemente enlazadas sobre la mesa.

—El dinero —dije—. Falta la mitad.

—Oh, excúseme. Lo había olvidado. —Servicialmente abrió el cajón de la mesa y me tendió un fajo de billetes—. ¿Siempre cobra en dólares?

—Acepto también

francos suizos.

Conté despacio los billetes de cien dólares. Tenía razón el tipo que puso esa leyenda en todos ellos: le hacen a uno confiar en Dios. El hombre de las gafas ahumadas comenzó a marcar un segundo número.

—Póngame con el jefe de bomberos —ordenó agriamente. Tapó con la mano el auricular y me dijo—: ahora verá cuánto tardan en arder esos cuadros.

Seguía sonriendo. Era como si se hubiera olvidado de que tenía en la cara la sonrisa. No había dejado de sonreír cuando guardé el dinero en mi chaqueta. Ni siquiera cuando le mostré mi revólver.

—Cuelgue el teléfono.

Entonces se le desvaneció la sonrisa. Miraba el revólver, sin atender a la voz lejana que sonaba en el auricular.

—Cuelgue o disparo —precisé.

Colgó.

—Guarde ese revólver. ¿Se ha vuelto loco?

—Puede ser.

Disimuladamente deslizó la mano por el filo de la mesa y oprimió algo que podía ser una alarma. Estaba poniéndose nervioso. Estaba empezando a sudar.

—¡Bernardino! —gritó.

—Es inútil que llame a su mucamo. Todavía deben olerle los pies, pero hace varias horas que está muerto.

—¿Lo ha matado usted?

—No lo lamente. Le estaba traicionando. Quería encontrar antes que yo los cuadros de Juan Vida para vendérselos a un millonario americano. No puede ni hacerse una idea de lo cara que se ha puesto la heroína. O a lo mejor sí.

—Usted miente. Bernardino era un hombre ejemplar. De comunión diaria.

—De pico diario,

querrá decir. Llevaba una doble vida. Cuando salía de aquí se ponía en la cabeza una peluca rizada y una túnica y se las daba de pintor. Se hacía llamar Zoltan. Usaba una navaja como de medio metro. En un momento dado tuvo la intención de clavármela.

—Guarde ese revólver y puede que todavía no le pase nada. Hay detrás de mí una organización que puede despedazarle en cuanto yo lo ordene —dijo, irguiéndose de pronto, y adelantó la mano hacia el teléfono.

—Quieto —ordené.

Descolgó. Marcó un número, y después otro, sin dejar de mirarme con sus ojos emboscados tras los cristales negros. Marcó un tercer número, pero no pudo llegar al cuarto. Disparé como si no fuera yo quien apretaba el gatillo. Su cabeza quedó colgada a un lado del sillón, junto al cable del teléfono, que oscilaba despacio, emitiendo un pitido rítmico. Las gafas negras

se deslizaron por su cara hasta caer al suelo. Oí, mientras me marchaba, el pitido del teléfono, el goteo de un grifo en el cuarto de baño, oí mis propios pasos que se alejaban camino de la calle y de la luz del día.

O Como un sonámbulo avancé por los pasillos hasta llegar al apartamento diez cero uno. Estaba tan cansado que sentía el peso del revólver en el costado izquierdo, y el humo del cigarrillo que colgaba desganadamente de mis labios me hacía entornar los ojos. No se abrió la puerta cuando llamé. Pensé al principio que estaba durmiendo y que por eso tardaba tanto en abrirme. Seguí llamando, como si no hubiera advertido ya en la puerta cerrada esa hostilidad que tienen siempre las puertas de las ca-

sas donde llamo sabiendo que no me van a abrir. Esta vez entré haciendo uso de mi carnet de antiguo alumno salesiano. Quedaba en el aire un rastro de perfume rosa pálido, y en el transistor manchado de pintura sonaba una canción tierna y estúpida. Lo apagué y me tendí en la cama para descansar mientras la esperaba, mirando a la muchacha del bañador azul que seguía esperando a alguien de espaldas al mar y a las palmeras amarillas.

Cuando desperté ya era de noche. Había soñado con un gran buque blanco que pasaba lentamente ante una isla desierta. En el patio sin fondo del edificio se encendían uno a uno rectángulos de luz.

Ahora estoy sentado junto a la ventana. Miro las luces que se encienden y las infinitas hiladas de ladrillos ocre y bebo whisky de una botella que encontré en la cocina. Desde la ventana del piso

catorce las colillas encendidas caen muy despacio hasta perderse en el gran pozo de sombra donde resuena de vez en cuando una voz lejana, un postigo que se cierra con estrépito de metal. Los sonidos quedan como congelados en el silencio. Aún me quedan botella y media de whisky y dos paquetes de cigarrillos. Fumo tendido en la cama, mirando al techo, dejando que la mirada se deslice por la pared blanca hasta llegar al cuadro donde la muchacha inmóvil me contempla con un gesto de adivinada burla en su cara color rosa. No hay ropa en el armario, ni colillas en los ceniceros, no hay en todo el apartamento un solo indicio que permita asegurar que alguien, ella, ha vivido aquí antes que yo llegara. Nadie ha llamado a la puerta y no ha sonado ni una sola vez el teléfono que ahora miro, sobre la mesa de noche donde están mi revólver y los billetes de cien dóla-

res.

El alcohol, el silencio, las paredes blancas, hacen que uno pierda poco a poco el sentido del tiempo. Me he puesto un límite: esperaré hasta que se terminen el tabaco y el whisky. Así afirmo ilusoriamente mi voluntad y puedo entregarme sin apuro al acto interminable de esperar y no hacer nada, sólo asomarme de vez en cuando a la ventana o buscar en la cocina un vaso con hielo, o simplemente estar tendido sobre la cama mirando a la muchacha del bañador azul. Sospecho que nadie va a venir nunca. Minuciosamente imagino que me lavo la cara con agua fría, que me pongo la chaqueta y la corbata y guardo el revólver, las tarjetas, el dinero, que apago la luz antes de irme y cierro despacio la puerta del apartamento diez cero uno. Pero abro los ojos y apenas me alcanza la voluntad para extender la mano en busca de otro ci-

garrillo o del vaso de whisky.

Paso a paso va abriéndose ante mí la certeza de haber caído en una trampa. La misma trampa en que cayeron los hombres que encontraron el paraíso o la selva en los ascensores y no pudieron escapar a su maleficio. Jota Uve o Juan Vida envenenó de espejismos a toda una ciudad y huyó luego en un carguero hacia las islas del Caribe para no sucumbir, también él, al laberinto que había tejido con su pintura. Tal vez yo soy su última víctima. Por eso sonreía de aquel modo cuando me ofreció el cuadro del apartamento diez cero uno, cuando me dijo que quizá era a mí a quien la muchacha esperaba. El concibió este lugar y la pintó a ella, él la puso aquí, tendida y esperando, con su cuerpo delgado y su perfume de rosa pálido y el transistor manchado de pintura donde sonaba la música de la invitación y el deso.

Con rabia inútil, con inútil
desesperación y ternura,
quiero una y otra vez ima-
ginar sus labios o su voz,
que no recuerdo. Tal vez

no venga nunca. Tal vez
estoy preso para siempre
en el sueño tramado con-
tra mí por otro hombre.

Granada, marzo de 1983

